

A person is walking away from the camera on a narrow, cobblestone-paved street. The person is holding a dark umbrella and is silhouetted against the bright, hazy light at the end of the street. The street is flanked by stone walls, and the overall atmosphere is misty and atmospheric.

FERNANDO BENZO

NUNCA
FUIMOS
HÉROES

Fernando Benzo



Nunca fuimos héroes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Fernando Benzo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2020

Depósito legal: B. 26.788-2019

ISBN: 978-84-08-22168-5

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Era una pena. Después de casi treinta años siendo policía. Y, además, dedicándose a lo que se había dedicado. Nadie le creía las raras veces que lo decía. Pero era la pura verdad: en todos esos años, no había disparado nunca su arma ni había dado un solo puñetazo. Cuando mencionaba aquello, el que lo oía mostraba invariablemente un mal disimulado gesto de decepción. Preferían imaginarle a tiro limpio o dando una buena paliza a alguien. Pero esa era la realidad. Nunca. Y eso hacía aún más absurdo que aquella noche fuese a romper semejante récord. Y, encima, ahora que ya ni siquiera era poli. Todo por aquellos dos imbéciles, un par de inofensivos borrachuzos. No se merecían semejante honor, pensaba Gabo, intentando tomarse con humor la situación. Pero se lo estaban ganando a pulso y, además, se dijo, quizá él se estaba haciendo mayor y ya se sabe que los años achican la paciencia y agrian el carácter. Lo cierto es que veía venir lo que iba a ocurrir con la indiferente resignación con la que uno afronta las cosas que sabe inevitables.

Habían entrado en el bar poco después de las ocho, cuando acababa de abrir. Aún no había llegado la clientela habitual de los sábados por la noche: alguna pareja de novios con poca imaginación para divertirse, algún grupito de chicos o chicas que pasaban a tomar unas cervezas baratas antes de la discoteca, algún viejo hartado de ver la tele a solas en casa, y él.

Todos gente del vecindario. Aquel era un bareto de barrio, uno más de las docenas de bares idénticos y anodinos desperdigados por las calles de la ciudad. Un local sin pretensiones, de esos en los que solo se entra para tomar un café rápido por la mañana, una reparadora caña a mediodía y un solitario cubata nocturno. Poco más. Clientela conocida, ingresos justitos y ninguna ambición. Pero a veces aparecían desconocidos como aquellos dos. Y solían ser un incordio. Ese tipo de clientes nunca se dejaba demasiado dinero y en cambio solía dar bastante lata, ya fuera porque se empeñaban en intentar ligotear con las chicas o montar pelea con los chicos, o en hacer cualquier otra cosa que rompiese la monótona calma de aquel apacible local.

Dolores los ignoraba con la práctica que da haber pasado media vida detrás de la barra de un bar. Los dos tipos no paraban de exigirle que los invitara a una copa y de proponerle que se uniera a ellos, primero a la bebida y luego ya se vería a qué. Ambos eran bastante corpulentos. Hablaban español con ese acento ruso o ucraniano o lo que sea que resulta un poco cómico porque recuerda a los malos de las primeras películas de James Bond. Un par de tipos con pinta de estibadores de los muelles de San Petersburgo. Gente muy apetecible. La mejor compañía para acabar una velada de sábado.

A Gabo no le preocupaba Dolores. Sabía defenderse. Había sobrevivido ya a mucho en la vida para que una pareja de rusos cocidos a whiskies la amilanasen. Hacía veinte años que llevaba sola el negocio y en ese tiempo era fácil imaginar la multitud de pelmazos con los que habría tenido que lidiar. Dolores no necesitaba caballeros andantes que acudieran a su rescate. Desde que se librara de un marido cabrón con la mano muy larga, el bolsillo muy flojo, un rostro de cemento armado y, gracias a Dios, un cáncer de páncreas que le fulminó antes de los cuarenta, dejándola viuda y propietaria única del bar, no había necesitado de ningún hombre ni para espantar

moscones ni para quitarse el frío. Dolores era seria, resistente, desconfiada y noble. No había que preocuparse por ella.

Antes de que lo hartasen por completo, aquellos dos llevaron a Gabo a recordar otra noche, muy lejana ya en el tiempo. La escena era tan parecida que resultaba imposible no acordarse. Una tasca de Elgóibar no mucho más grande que el bar de Dolores y otro par de borrachos, estos vascos en vez de rusos, pero de tamaño semejante. Estaba allí con Javi, el Dandy y Cata. Era cuando ya salían por ahí juntos, superadas las desconfianzas y recelos de las primeras semanas compartiendo piso, durante las cuales más que relacionarse aún se vigilaban unos a otros tratando de decidir de qué pie cojeaba cada uno. Era raro que los cuatro librasen a la vez, así que las pocas veces que ocurría aprovechaban para ir a divertirse un poco, siempre fuera de San Sebastián. Jamás pisaban los bares de la Parte Vieja ni ningún local del barrio de Aiete, donde estaba su piso. No era bueno dejarse ver. Como decía Javi, vivían igual que los malos. Escondidos y tratando de pasar desapercibidos. Una mierda de vida en la que daba igual de qué lado estuvieras, solía decir.

Aquella noche en Elgóibar, a los borrachuzos les dio por Cata. Volvía del baño y caminaba hacia la mesa cuando uno de ellos la cogió por la cintura y le dijo que por qué no se quedaba con ellos un rato. Cata, como Dolores, no se dejó achantar. Sin perder la calma, apartó al tipo de un empujón y se libró de su brazo. Él la llamó zorra y Javi lo oyó y, antes de que pudieran pararle, ya estaba delante de los dos exigiendo una disculpa. Javi era pequeñito y tenía un pronto muy malo. Nunca le importó ni el número ni el tamaño de quienes tuviera enfrente. Había que andar frenándole para que no fuese peleándose con toda la humanidad. Cuando los dos vascos oyeron su cerrado acento gaditano, se partieron de risa y le dijeron que por qué no les bailaba un poco de flamenco. No hizo falta más. Antes de que pudieran contenerle, Javi ya ha-

bía tirado a uno de ellos al suelo de un puñetazo y le estaba metiendo los dedos en los ojos al otro mientras le decía que iba a bailar flamenco su puta madre.

Una vez estuvieron en el coche, volviendo ya a San Sebastián, el Dandy le echó una bronca tremenda. Le dijo que en el futuro intentara recordar que estaban allí para cazar terroristas, no para exterminar a todos los vascos de tasca en tasca. Cata se partía de risa y le decía a Javi que había estado estuendo, que él sí que era un hombre con lo que hay que tener y no como los otros dos. Javi no estaba para bromas. Encendió un cigarrillo, dijo malhumorado que a él no le tocaba los huevos ni Dios y se pasó en silencio y enfurruñado el resto del trayecto de vuelta.

Ahora, más de treinta años después, sentado en un taburete frente a la barra del bar de Dolores, Gabo recordaba aquella escena mientras se acababa su tercer cubata de ron de la tarde. Y sonreía. Pensaba que la vida era curiosa. Él siempre había sido más tranquilo que Javi y, en cambio ahora, tantos años después, cuando ya no tenía ni el cuerpo ni el ánimo para bravuconerías, estaba a punto de comportarse como él.

Se obligó a dejar de recordar. En los últimos tiempos pensaba demasiado en el pasado. Cada vez se descubría más a menudo a sí mismo sumiéndose en los recuerdos. Y eso le desagradaba. Nunca le había gustado la nostalgia. No servía para nada. Salvo para pasar de la melancolía al lamento y de ahí al rencor. Una pérdida de tiempo.

Dolores secaba vasos con un paño y ordenaba los estantes tras la barra, preparándose para el cierre, sin dar la menor muestra de oír siquiera lo que aquellos dos le decían. Ya solo quedaban él y el par de rusos en el bar. Aún no tenía claro si aquella noche se subiría con Dolores a su piso o si se volvería a casa. Así llevaban ellos las cosas. Sin normas ni rutinas establecidas. Subiría con ella, que vivía justo encima del bar. Cenarían algo rápido. Un par de lonchas de jamón de York y un

pedazo de queso. Luego harían el amor. Y se quedaría allí a dormir. O se marcharía a su casa, dos calles más allá. Y también comería un par de lonchas de jamón de York y un pedazo de queso, y a dormir. Sin sexo. No era algo de lo que hablaran. No lo pactaban o lo debatían de antemano. Tan solo cuando la noche llegaba a su fin y ella cerraba el bar, ambos sabían ya si esa noche la pasarían juntos o no. Lo sabían sin saber siquiera cómo lo sabían, porque entre ellos no parecían necesarios gestos o palabras para llegar a acuerdos y conclusiones. Mantenían aquella relación que no incluía ni certidumbres ni previsiones desde hacía ya casi dos años, desde aquella primera noche en que ella le sorprendió ofreciéndole que se quedara a tomar una última copa después de que cerrara y, luego, él la había seguido hasta el portal más cercano al bar y después por la escalera hasta el primer piso, donde ella vivía, y por fin hasta la cama, y Dolores se había dejado seguir sin demandas ni preguntas ni necesidad de declaraciones de amor.

Al final, como se veía venir, uno de los rusos se pasó de rosca. Y se acabó de joder la noche. En un momento en que Dolores pasó cerca de ellos, se inclinó sobre la barra, estiró el brazo, la agarró por la muñeca y la atrajo hacia sí pidiéndole «solo un besito».

Gabo agarró con fuerza su copa y se la estrelló en la cara al ruso besucón.

El golpe le tiró al suelo con la frente abierta y chorreando sangre.

El amigo no estaba para líos. Salió corriendo antes aun de que el cuerpo de su compañero hubiese llegado al suelo.

—Pero mira que eres bestia, hombre —le regañó Dolores.

La pareja de municipales apareció diez minutos después. Debíó llamarla el ruso a la fuga. Para entonces, el otro estaba ya sentado en una silla, con la camisa teñida por completo de rojo de tanto que sangraba, y Dolores le estaba aplicando hielo envuelto en un paño en el corte de la frente.

Los policías se llevaron a Gabo a la comisaría. Resultaba hasta cómico, pensó. La primera vez que le pegaba a alguien en su vida y acababa detenido. Al menos, le animó pensar que aquel sábado tendría un final diferente a los últimos cien o doscientos sábados de su vida.

Le sacaron del calabozo a las nueve de la mañana. Apenas había pegado ojo y le dolían todos los huesos, pero, sobre todo, le devoraba el mono de tabaco. Fue a buscarle un agente jovencito y, por la manera en que le miró cuando abrió la puerta, Gabo supo que ya le habían dicho quién era él. Había en su mirada una delatora mezcla de compasión y respeto. Por un lado, le sorprendía que aquel hombre ya entrado en años que estaba tumbado en el jergón donde solían pasar la noche del sábado drogas y navajeros de medio pelo fuera no solo un comisario retirado, sino, además, toda una leyenda de la lucha antiterrorista y blablablá, y por otro, al verle allí, con la ropa y la cara hechas un guiñapo, saltaba a la vista que el muchacho se estaba preguntando cómo era posible que la leyenda de la lucha antiterrorista y blablablá hubiese acabado así.

El chico se mostró educadamente sumiso.

—Acompañeme, por favor, comisario —le dijo.

—Yo ya no soy comisario, chaval —le gruñó Gabo.

Le llevó hasta una sala de interrogatorios, uno de esos cuartuchos sin ventanas y con una mesa y un par de sillas como único mobiliario. Antes de que el joven policía se marchara, Gabo le preguntó si tendría un cigarrillo, Ducados a ser posible. El chico le dijo que allí estaba prohibido fumar y Gabo le despidió con un «será posible...».

Cinco minutos después, Sixto Aldama entró en la sala. Sixto Aldama, comisario general de Información. Enjuto y con cara de bueno. Parecía frágil y vulnerable. Mera apariencia.

Uno no llega a comisario general si es frágil y vulnerable. Bajo sus maneras pausadas, su aparente timidez, sus ojillos hundidos de mirada esquiva y su sonrisa siempre a medio asomar, se escondía un tipo tan astuto como ambicioso que siempre había tenido claro qué quería conseguir y cómo conseguirlo. Por eso había llegado hasta donde estaba. Un largo recorrido desde los años en que Gabo y él fueran compañeros en la Escuela de la Policía de la calle Miguel Ángel de Madrid. Dos jóvenes aspirantes a policía que soñaban con acabar con la maldad en el mundo, como todos los que entraban en la Escuela derrochando vocación. Se habían incorporado a la vez a los Grupos AT, primer destino profesional para ambos. Aquellos grupos, de reciente creación, eran el primer intento de la Policía de crear unidades especializadas en la lucha antiterrorista. Si uno quería acabar con la maldad en el mundo, aquel era el mejor destino para ello a mediados de los 70. Fue Aldama quien le dio la idea a Gabo y quien le convenció para que se presentaran voluntarios para ir al País Vasco. A Gabo le destinaron al grupo de San Sebastián, a Sixto al de Vitoria. Pero este no duró mucho en aquel primer destino. Se fue pronto a Madrid. Aldama descubrió de prisa que lo que de verdad le gustaba no era pasarse las horas metido en un coche siguiendo a alguien, que se manejaba mejor en los pulsos por el mando en plaza y las conspiraciones de despacho, y que además tenía un talento natural para camelarse a los superiores. A Gabo le gustaba más pisar la calle y no era bueno obedeciendo. Quizá por eso Sixto Aldama era ahora comisario general y Gabo era un policía retirado.

—Odio que me hagan trabajar un domingo por la mañana —fue el saludo, sonriente aunque cauto, del comisario general.

Gabo no ocultó su sorpresa al verle.

—¿Ahora te ocupas de las peleas de las noches de sábado? —se burló—. Los cargos ya no son lo que eran...

Aldama se metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Sacó un paquete de Ducados y un mechero y los dejó sobre la mesa. Gabo sonrió. Le conocía bien. Antes de que Aldama se hubiese sentado en una de las sillas, Gabo ya había encendido un cigarrillo.

—Tienes buen aspecto —le dijo el comisario general.

—Ninguno de los dos somos ya unos niños.

Una vez hubo calmado el mono con una sucesión de intensas caladas, Gabo pasó su atención del tabaco al comisario general. Le observó con curiosidad. Aldama no tenía por qué estar allí. Hacía muchos años que no se veían. Y hacía mucho, muchísimo, que no eran tan amigos como para que acudiera a interesarse por él.

Aldama advirtió esa curiosidad en la mirada de Gabo, pero eso no le hizo abandonar el tono reposado.

—¿Una pelea en un garito? ¿De verdad? ¿Para eso hemos quedado?

—No. Para eso he quedado yo. Tú no. Tú eres comisario general. Eso es la leche. Siempre supe que llegarías, Sixto...

—No te burles, Gabo.

—Para nada. Te admiro. Lo digo en serio. Sabes que siempre te he admirado. Estás donde debes estar, y estoy seguro de que lo haces mejor que nadie.

—Siempre me echaste en cara el ser uno de ellos. Ya sabes: un poli pisamoquetas, como les llamábamos cuando empezamos...

—¡Bah! Tonterías de niños...

Aldama se echó hacia atrás en la silla y suspiró. Un suspiro de alivio. Gabo no parecía tener ganas de guerra. Eso facilitaría las cosas.

—¿Qué haces tú? —le preguntó—. ¿A qué te dedicas?

—Cubro la pensión. Y después me la gasto.

Sixto le miró a los ojos.

—¿Lo echas de menos?

Gabo huyó de su mirada.

—Ni un solo segundo, comisario general.

Hubo un silencio. Fin del prólogo. Los dos se habían medido, habían dejado claro que, más allá de un soportable sarcasmo, ninguno de ellos iba a desatar hostilidades, habían mostrado la cortesía suficiente para dos antiguos amigos que hacía mucho que habían dejado de serlo y ya no era necesario perder más tiempo en formalidades.

Aldama volvió a meter la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Esta vez sacó una fotografía. Se la tendió a Gabo. Este la cogió, la miró y, aunque en su rostro no apareció expresión alguna, al comisario general no se le escapó el ligero temblor de la foto en sus manos.

—¿Le reconoces?

—Joder, claro.

—Está en Madrid.

Gabo levantó los ojos y le miró. Y el comisario general sonrió para sus adentros al ver aún escondido en su mirada al policía que negaba ser.

—¿Aquí? ¿Qué hace este aquí?

—Eso es lo que nos gustaría saber.

Gabo volvió a mirar la fotografía. Estaba tomada desde cierta distancia. El tipo estaba subiendo a un coche o saliendo de él. Llevaba una gorra. El pelo y la barba descuidada eran ahora canosos. Pero no había duda de quién era. Y volver a verle hizo que a Gabo se le encogieran las tripas.

—La última vez que supe de él estaba en Venezuela. Habían rechazado la extradición. Otra vez.

—Después se fue a Colombia. Le tenemos más o menos localizado allí. Ha llevado una vida tranquila durante estos años. Tan solo algunas amistades poco recomendables. Tipos con alguna relación con el narco o la guerrilla... Pero nada realmente significativo.

Gabo encendió otro cigarrillo. Dejó la foto en la mesa de-

lante de él. Pero su mirada regresaba continuamente a ella como si le atrajese un hechizo.

—¿Y terrorismo?

—Difícil de saber. Desde luego, no con la banda. Los que quedan son cuatro matados que no le interesarían nada. No perdería un segundo con ellos. Él es un histórico. Alto *standing*. Nada que ver con los macarrillas de medio pelo que quedan en Francia. Harri se ha hecho mayor. Como todos. Ya no está para causas perdidas. En realidad, desde que pasó por Santo Domingo le empezaron a gustar más el sol y la playa que los zulos.

—¿Y para qué ha venido a Madrid?

—Eso es lo que aún no sabemos. Llegó hace un par de semanas. Documentación falsa. Una habitación en un discreto hotelito de Embajadores. Deja pasar los días deambulando por el barrio. Nada llamativo. Juega al billar. Esa parece ser su única ocupación. Eso es precisamente lo que resulta llamativo. Nadie vuelve de un cómodo exilio caribeño para pasarse los días metido en una sala de billares de Embajadores.

—Detenedle.

Aldama sonrió con tristeza.

—No podemos. No hay causas contra él. Algunas prescribieron. Otras no se pudieron probar. En realidad, es un hombre libre, Gabo.

—Hay que joderse...

—No tengo ningún motivo para ponerle siquiera un dispositivo. No se me sostendría una investigación oficial. Pero tú y yo le conocemos, Gabo, y este hijo de puta no ha venido para hacer turismo.

Aldama clavó su mirada en Gabo con una cierta solemnidad. Pero este se echó hacia atrás en su silla y recuperó una sonrisa que marcaba distancias y dio una larga calada a su cigarrillo antes de decir con un cierto desdén en el tono:

—Pues muy interesante todo, comisario. Pero no sé por qué has venido hasta aquí para contarme esto.

Aldama también sonrió. Gabo había abandonado el tono de policía. Pero la foto seguía delante de él en la mesa y sus ojos volvían a bajar de manera recurrente hacia ella.

—No he venido para contarte nada, Gabo —le dijo, esforzándose en sonar amistoso—. He venido para advertirte de que, después de lo de anoche, te consideramos un objetivo violento, peligroso y prioritario.

Los dos rieron.

—Que te jodan —dijo Gabo.

—Quiero que averigües por qué ha vuelto.

Las sonrisas de ambos desaparecieron a la vez. El comisario general se limitó a esperar. Gabo se encogió de hombros y meneó la cabeza con desgana.

—Te recuerdo que yo ya no soy un policía en activo...

—Tú serás un policía en activo hasta el día que te mueras.

—¿Eso pretende ser un piropo?

—O una maldición. Como prefieras verlo.

Gabo siguió fumando su segundo cigarrillo consecutivo. Sin prisa. Sin ansia. Manteniendo el humo dentro de los pulmones y dejándolo luego salir despacio por la boca entreabierta. Siempre había sido un fumador compulsivo. Había renunciado a muchas cosas en su vida. Pero jamás habría renunciado al tabaco.

Aldama esperó, le dio su tiempo antes de volver a hablar.

—No quiero establecer ningún seguimiento oficial. No puedo hacer nada que conste en ningún sitio. Los de arriba se ponen muy nerviosos con todo lo relacionado con la banda. Ya no les interesa. Solo les parece un riesgo de meter la pata. Las cosas son así ahora. Ya no se ganan ni medallas ni votos con esto. Al revés. La gente ya no quiere ni oír hablar de ello y ningún político quiere ser el aguafiestas que resucite al muerto en los medios. Si se enteran de que dedico gente o recursos a seguir a una vieja gloria como Harri, me lo pararán al momento. Solo he informado personalmente

al ministro. Y está de acuerdo en esta vía, en que te lo pidamos a ti.

Gabo asintió comprensivo. Malditos políticos. Sabía cómo funcionaban. Éxitos inmediatos y seguros. Nada de trabajar a largo plazo. Y mucho menos, correr riesgos. A algunos, un mal titular les dolía más que el abrazo de un niño huérfano.

—No voy a ponerme a hacer un seguimiento a estas alturas de mi vida. No cuentas conmigo. Que le jodan a Harri. Sea lo que sea para lo que haya venido a Madrid, que le vayan dando. Ya no es asunto mío.

Aldama sonrió. Cuando sonreía se le ponía cara de niño bueno, de no haber roto jamás un plato.

—¿De verdad? —le dijo a Gabo con una suave ironía—. ¿De verdad no irías a por él si pudieras?

Gabo se echó hacia adelante en la silla, apoyó los brazos en la mesa y copió su mismo tono al decir:

—Los que tenéis que ir a por él sois la Policía. Yo solo soy un ciudadano de a pie.

Aldama asintió como si aceptase que se merecía aquella réplica.

—Piénsatelo, Gabo. Yo te pongo los medios, te cubro los gastos, lo que necesites... Sabes que solo tú puedes averiguar por qué ha vuelto.

—¿Intentas halagarme otra vez, comisario? —se rio Gabo.

El comisario general negó con la cabeza con cierta pesadumbre.

—Los chicos que tengo ahora no conocen ese mundo. Son de otra generación. Solo saben buscar yihadistas por internet.

Aquella frase hizo sonreír a Gabo. Hubo un tiempo, cuando aún eran amigos y todavía no se alzaba entre ellos un insalvable muro de desencuentros y discrepancias, en que podían perder horas en una discusión que, vista ahora, resultaba un debate estéril. Cada vez que estaban juntos un rato se acababan

enzarzando en discutir si en la lucha antiterrorista debía primar la labor de inteligencia, todo lo que era análisis de datos y estudio de pautas y recopilación de evidencias y cruce de estadísticas, como defendía Aldama, o el trabajo de información, que era más de campo, más de acción, más de la vieja escuela, en la que se perseguía a los malos a golpe de seguimientos, registros o interrogatorios, como mantenía Gabo. El debate no era un mero duelo de ideas, sino que tenía decisivas consecuencias prácticas. Los recursos humanos y materiales debían ponerse más en una u otra área, según lo que se optase por primar. Eran capaces de discutir días enteros sobre aquello. Pero en la práctica, Aldama y otros polis de despacho como él, esos a los que Gabo y sus amigos llamaban *pisamoquetas*, fueron copando los puestos de mando e imponiendo sus criterios, y los polis de información como Gabo fueron convirtiéndose en tipos pintorescos, en general poco obedientes, siempre quejosos por la falta de medios y de una rentabilidad discutible a los ojos de unos mandos que apostaban por las labores de inteligencia. Aldama fue ascendiendo y sus caminos profesionales se siguieron cruzando y repitieron una y mil veces aquella misma discusión. Hasta aquel día de lluvia en el cementerio.

Aldama era ya un mando en la Brigada Central de Información. Gabo aún estaba en el Grupo AT de San Sebastián. Era una mañana gris. Caía una lluvia fina pero puñetera. Una fosa abierta esperaba al féretro.

Ahí dentro es donde acaban los policías que trabajan en la calle mientras otros ganan las guerras en los despachos, le había dicho Gabo.

Aldama no contestó. Nunca más volvieron a tener aquellas discusiones teóricas y su amistad nunca se recuperó de aquel instante.

—No voy a volver, comisario —le dijo ahora Gabo—. Ya libré todas las batallas que me correspondían. Y perdí la mayoría, por cierto.

—¿Y no te gustaría ganar al menos esta al final?

Aldama se sacó del bolsillo una tarjeta y la dejó en la mesa, junto a la fotografía.

—Ahí tienes la dirección del salón de billares que suele frecuentar y del hotel donde se aloja. El teléfono que te he apuntado es mi móvil personal.

Gabo cogió la tarjeta, le echó un rápido vistazo, más por mostrar cortesía que interés, y volvió a dejarla sobre la mesa.

—Pierdes el tiempo.

Sixto Aldama se levantó.

—Lo sé.

Fue hacia la puerta, pero, antes de abrirla, dio un paso atrás. Se detuvo al lado de la mesa y cogió de esta el mechero y el paquete de Ducados.

—Aquí está prohibido fumar.

Salió por fin y, en cuanto se quedó solo, Gabo volvió a coger la fotografía y a observar al hombre que aparecía en ella.

Harri había sido su fijación. No pasaba siempre, pero les ocurría a muchos. Era como un maldito síndrome. Perseguías a decenas de terroristas durante años, a unos los acababas deteniendo y a otros no, pero de entre todos ellos, había uno que se convertía en lo que entre los compañeros llamaban *la fijación*. Por el motivo que fuera en cada caso, un terrorista concreto se convertía en tu fijación y ya no te lo quitabas de la cabeza hasta que caía. Harri había sido la fijación de Gabo. En su caso, al menos, era algo lógico.

Pero también había sido su gran frustración. Su gran fracaso. Nunca logró detenerle. Sus vidas se habían ido encontrando una y otra vez a lo largo de los años. Pero se le resistió hasta el final. Sixto Aldama lo sabía y por eso ahora quería utilizarle. Los polis no solían confesar quién era su fijación. Era visto como una muestra de debilidad. Uno tenía que ir a

por todos los malos, sin distinciones ni preferencias. Y obsesionarse solo con uno era considerado un defecto, una falta de profesionalidad, un flanco que te hacía vulnerable. Pero todos sabían lo que Gabo tenía con Harri. Y en su caso, lo respetaban. No era para menos. Lo suyo no daba para burlas. Ahí estaba el propio Javi. También había tenido una fijación. Bastante chusca. La de Javi fue una mala de medio pelo, una chica que hacía la *muga*, que colaboraba con la banda haciendo de correo, trayendo y llevando correspondencia y documentos entre el País Vasco y Francia. Javi se había acostado con ella. La había conocido en las fiestas de Hernani y habían pasado la noche juntos sin saber cada uno a qué se dedicaba el otro. La reconoció poco después repasando fichas policiales. Cometió el error de contarles a los demás que se había cepillado a aquella *borroka* y el cachondeo duró meses. Que si la chica debía haberse pasado ya a Francia para no volver a caer en el mismo error de tirarse a Javi. Que si les había llegado que ella iba diciendo que no había color entre cepillarse a un guardia civil o a un poli. Que si la banda la asesinaría por no ser propio de una vasca de pro hacérselo con un gaditano retaco. Todas las gracias imaginables. Y cuando una noche le dijeron a Javi que la habían detenido en Irún, este se plantó en la comisaría y lo único que le exigió a la chica fue que confesara delante de sus interrogadores que se lo había pasado en grande durante su encuentro. Una vez que lo admitió, Javi se largó muy ufano del interrogatorio y dio por superada su fijación.

Entre los policías dedicados a la lucha contra el terrorismo, más allá del dolor, la rabia, el sacrificio o la frustración que formaban parte de su vida diaria, había una enorme cantidad de historias así. Absurdas. Cómicas. Difíciles de creer. Pero ciertas. Como el origen de aquella vez que Gabo tuvo la mejor oportunidad de atrapar a Harri. Una de esas casualidades inconcebibles. Un cruce de fijaciones.

Había ocurrido al principio del otoño del 81. Para entonces, Gabo ya había dejado los Grupos AT. Estaba destinado en Madrid. Dentro de la Brigada Central de Información, formaba parte del grupo dedicado en exclusiva a la búsqueda del Comando Madrid. Hacía ya siete años que había tenido lugar el atentado de la calle del Correo, cuando estalló una bomba en la cafetería Rolando, cerca de la Puerta del Sol, matando a trece personas e hiriendo a más de cincuenta. Desde entonces, los terroristas habían seguido actuando periódicamente en la ciudad. Pero solo ahora se tenía la certeza de que la banda quería trasladar del País Vasco a la capital el foco de sus acciones criminales. A principios de aquel año, unos polis que hacían su patrulla ordinaria en su coche *zeta* habían dado el alto a un par de tipos que les habían despertado sospechas en la Carrera de San Jerónimo, frente a las Cortes. Los dos hombres sacaron al instante sus armas y hubo un tiroteo. Les acabaron deteniendo. Eran de la banda, y de sus interrogatorios se dedujo que esta estaba montando toda una infraestructura de medios y personas en Madrid. Querían que sus acciones criminales fuesen más espectaculares, más sanguinarias que el habitual asesinato de uno en uno. La banda quería dar un paso adelante, en su brutalidad y en su repercusión, y Madrid era el lugar imprescindible para ello, así que se había reforzado el personal de la Brigada Central y se había traído del País Vasco a policías ya curtidos como Gabo.

En aquella época estaba a las órdenes de Toni Pazos, un comisario incansable y agotador, capaz de trabajar las veinticuatro horas del día y cuyo concepto del descanso era llevarse a sus subordinados a algún garito a vaciar botellas de whisky mientras seguían dándoles vueltas a los asuntos de trabajo hasta las tantas. A Gabo le desesperaba tanto como le admiraba. Pazos no le daba un respiro. Vivía sumergido en una actividad constante, obsesionado con repasar una y otra vez los documentos que se hubieran incautado en algún opera-

tivo o las transcripciones de interrogatorios, tratando de encontrar en aquellas pilas de papeles cualquier dato que se les hubiese pasado por alto, un nombre mencionado de pasada o alguna dirección, lo que fuera que permitiera abrir alguna línea nueva de investigación. No estaban obteniendo resultados. Llevaban meses de sequía. Ni una sola detención importante. Ninguna pista sólida, ningún hilo que llevara a parte alguna. Nada. Y eso apenas unos meses después de que los malos hubiesen marcado en 1980 su cifra más alta de muertes en un solo año. Era una época desesperante.

Una mañana muy temprano, un poli de la Brigada llamado Pando caminaba por la calle Orense. Estaba fuera de servicio. Acababa de dejar a su hijo en el colegio y no iba atento a la gente con la que se cruzaba. Pero un tipo pasó a su lado y su cerebro se encendió como un resorte y al instante reconoció aquel rostro. Ese hombre era su fijación, un veterano asesino de la banda. Llevaba años queriendo darle caza. Y de pronto se cruzaba sin más con él por la calle. Tan cierto como imposible de creer. Ni operativos, ni seguimientos, ni interrogatorios ni nada. El azar más impensable. Una posibilidad entre un millón, entre cuarenta millones, a saber.

Pando se giró, echó a correr y se abalanzó sobre él en un perfecto placaje. Ambos rodaron por el suelo. El terrorista se revolvió y empezó a gritar con exageración mientras Pando trataba de inmovilizarle. El policía comprendió lo que buscaba con aquellos gritos. Eran gritos de alerta. En pleno forcejeo, Pando advirtió que su presa lanzaba miradas a un punto concreto. Siguió su mirada y vio, detenido en la acera de enfrente, contemplando su pelea, a Harri. También reconoció a este. Los agentes de la Brigada se pasaban horas y horas estudiando fotografías. Memorizar rostros de terroristas formaba parte de su trabajo. Algo tan aburrido como útil.

Al darse cuenta de que el policía se fijaba en él, Harri echó a correr. Pero aunque uno de los dos terroristas se escapara,

algo inevitable en aquellas circunstancias, Pando estaba exultante: había capturado de la manera más inverosímil a su fijación.

Aquel inaudito golpe de suerte sería el primer palo que lograban darle al Comando Madrid. Aún habrían de pasar unos cuantos años y, lo que fue peor, aún habrían de tener lugar masacres terribles antes de que acabaran con aquel grupo de asesinos. Y aquel incidente fue el que dio origen a la mejor oportunidad que tuvo Gabo de capturar a Harri.

En aquel momento, en la Brigada ni siquiera estaban seguros de quién integraba el comando establecido en Madrid. El terrorista de la calle Orense, como Harri, resultó no ser directamente un miembro del comando, sino que formaba parte de un *talde* de apoyo a este. Gabo se incorporó a su interrogatorio aquella misma mañana. Como era habitual en los detenidos de la banda, que perdían la valentía en cuanto cruzaban las puertas de una comisaría, una vez capturado no tardó en cantar. Del interrogatorio surgieron dos direcciones: un bar del barrio de Malasaña conocido por ser centro de reunión de aspirantes a literatos y un piso de estudiantes alquilado por una chica en la plaza de los Cubos. Se suponía que ambos lugares eran frecuentados por los miembros de la banda. Se decidió establecer al instante vigilancias en los dos. A Gabo le tocó el piso de estudiantes.

Si en algo era experto Gabo era en hacer vigilancias. Llevaba años haciéndolas en San Sebastián. Podía aguantar horas sentado en un coche observando una puerta o una ventana o lo que tocara. Y así lo hizo también esa vez. Se pasó las siguientes veinticuatro horas vigilando el portal del edificio. Sus compañeros se fueron turnando, pero él se negó a ser relevado. Si Harri aparecía por allí, no quería que sucediese sin estar él vigilando. La sola posibilidad de que pudiera aparecer frente a él, tras cinco años sin tener la menor pista sobre su paradero, le quitaba cualquier atisbo de cansancio.

Pero no pasó nada. Los compañeros empezaron a perder el interés. Consultaron a Toni Pazos. El jefe les dijo que quizá debían desmontar la vigilancia, que después de lo ocurrido en la calle Orense probablemente Harri se había ido ya de la ciudad. Gabo se negó. Le llamó. Pazos y él se entendían bien, a pesar de que eran radicalmente opuestos. Gabo era serio y reservado, Pazos era extrovertido hasta el agotamiento. Pazos tenía una fe ciega en sí mismo, en una intuición que había desarrollado tras dedicar años de estudio obsesivo a la banda y sus pautas de comportamiento. Gabo creía más en el método, en la frialdad objetiva de las evidencias. Pero aquella vez optó por la intuición. Y esta le decía que debían mantener la vigilancia. Su jefe aceptó de mala gana. Le dio seis horas más.

Entrada ya la noche, un hombre atravesó la plaza de los Cubos en dirección al portal. Gabo no dudó. También él se conocía de memoria las fotos de los malos. Aquel tipo era un miembro de la banda fichado. Gabo se alejó a un rincón discreto, sacó el *pocket*, el pequeño transmisor que usaban los polis para comunicarse entre ellos, y pasó la información. Pazos dio orden de intervenir al instante. Dos furgonetas del GEO salieron en dirección a la plaza.

Gabo subió al piso con los geos. El subinspector que le acompañaba en la vigilancia, un chico tan agradable como inexperto llamado Lorenzo, se quedó en el portal. Asaltaron el piso y detuvieron al terrorista que habían visto llegar y a la falsa estudiante que tenía el piso alquilado. Rápido y sin problema. Los malos no se resistían demasiado cuando se sabían perdidos. Todo parecía perfecto. Pero no lo fue.

Mientras Gabo y los geos entraban en el piso y detenían a la pareja, Lorenzo había dado el alto a otro tipo que apareció por el portal. El hombre se mostró tranquilo. Le enseñó el DNI y le dijo que iba a casa de su madre, con la que estaba pasando unos días porque la suya estaba de obras. Sonó tranquilo. Natural y creíble. Lorenzo le dejó pasar sin más. El tipo se

escondería donde fuera o saldría como pudo del edificio al ver lo que estaba ocurriendo. En cuanto Lorenzo le comentó de pasada a Gabo aquel encuentro mientras regresaban a las oficinas del grupo en la Puerta del Sol, este estuvo seguro de lo que había ocurrido.

Gabo ignoró a Pazos y a los compañeros que se le acercaron para felicitarle por la detención. Fue hasta su mesa, sacó la ficha de un cajón y se la mostró a Lorenzo.

—Era este, ¿verdad?

Lorenzo cogió la ficha de Harri, la miró y palideció.

Gabo no volvió a hablar nunca más con Lorenzo, y Pazos supo, sin necesidad de que se lo dijera, que no debía ponerlos juntos nunca más en un mismo servicio.

Aquella fue la última vez que Gabo estuvo a punto de capturar a Harri. Volverían a verse. Pero una ocasión como aquella no volvió a presentarse.

Y ahora le tenía de nuevo ante él. En una fotografía. Otra vez apareciendo en su vida. Décadas de fijación. La banda prácticamente no existía ya. La pesadilla de los atentados y las muertes era ya cosa del pasado. Nadie estaba ya interesado en todo aquello.

Pero aquella mañana de domingo llevaba en el bolsillo, mientras regresaba caminando a casa tras pasar una noche en el calabozo, la fotografía de su eterna fijación.

Dolores abrió la puerta.

—Soy un hombre libre. He cumplido mi condena.

Ella sonrió.

—Me has decepcionado. Esperaba que te fugaras.

Gabo le preguntó si le invitaba a desayunar. Tras una etapa tan larga en prisión, bromeó, necesitaba volver a sentir el calor de un hogar, y el piso de ella era lo más parecido que conocía a un hogar. Sin pretenderlo, halagó a Dolores.

Le preparó un café. Gabo se lo tomó de pie en la cocina. En silencio. Mirándola. A veces, cuando la observaba, Gabo solía pensar que, aunque no era ni guapa ni fea, si le hubiese interesado arreglarse un poco, podría resultar deslumbrante, hasta llamativa, porque era alta y delgada y tenía unos ojos de mirada un poco triste que te atrapaban y una lucida media melena de un agradable color pajizo. Pero siempre iba con vaqueros sueltos y sudadera y el pelo recogido en una coleta, como si pusiera un empeño deliberado en no resaltar ningún aspecto femenino, en dejar bien claro que nada le interesaba menos que la coquetería. Sonreía aún menos a menudo que él, pero a Gabo le parecía divertida.

—Dolores, ¿tú piensas mucho en el pasado?

Se lo preguntó a su espalda, mientras ella metía una jarrita de leche en el microondas. Ella tardó en contestar. Lo hizo sin siquiera mirarle.

—El pasado está demasiado lejos para acordarse de él.

Le tendió el vaso con el café y le dedicó una escueta sonrisa, con bastante probabilidad el mayor gesto de ternura que iba a recibir de ella aquella mañana.

—Voy a vestirme.

—¿Te apetece que lo hagamos?

—Comprendo tus ganas tras tanto tiempo en prisión, pero tengo otras cosas que hacer.

Gabo asintió con comprensiva resignación. Ella se fue de la cocina y él permaneció allí. Cuando se hubo quedado solo, echó mano del bolsillo para volver a observar la fotografía. Pero no llegó a cogerla. No, no quería pensar en ello ni un solo segundo más.

Optó por sacar el tabaco y encender un cigarrillo.